

Emilio Tresalti (Roma, 1935 - 2021). *In memoriam*

Un testimonio

Luciano Caimi

Otros – deseablemente - tendrán la oportunidad de presentar un preciso perfil biográfico del Profesor Emilio Tresalti, figura muy conocida y apreciada en el ámbito de los Institutos Seculares (IS) y en otros ambientes. Aquí me limito a un testimonio, articulado en cuatro puntos, que espero puedan restituir una huella de conjunto bastante atendible de su rica experiencia de laico consagrado.

1) Una elección vocacional firme y apasionada.

Al considerar la biografía de Emilio, me llama la atención en primer lugar una fecha: el 25 de octubre de 1959. Era el día de su profesión de los primeros votos en el Instituto Secular «Milites Christi», instituido canónicamente en la diócesis ambrosiana (1952) y presidido por el Profesor Giuseppe Lazzati (Milán, 1909-1986: hoy Venerable).

Comprometido desde hacía tiempo en las filas de los jóvenes de Acción Católica (GIAC), el joven romano de veinticuatro años, neo-doctor en Medicina y Cirugía por el Ateneo de la Ciudad, en la asociación juvenil había conocido a Armando Oberti (Vailate 1926 – Roma (2012) trasladado por motivos de trabajo de la capital lombarda (Milán) a la capital de Italia (Roma): fue él el medio para el contacto con el Instituto milanés (es sabido, entre paréntesis, que Oberti, en 1976, sucedió a Lazzati en el vértice de dicho Instituto, permaneciendo en el cargo hasta 1991).

Juntamente con la Juventud Femenina, la GIAC, de los años cincuenta constituyó una auténtica reserva de alimentación de los Institutos Seculares, la nueva forma vocacional reconocida por Pío XII con la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia* (2 de febrero de 1947), perfeccionada en 1948 con el importante «*Motu proprio*» *Primo feliciter*.

Tresalti que, como muchos militantes de la época, confiaba, para su camino de vida cristiana, en el prudente sostén de un director espiritual (un padre jesuita), fue atraído enseguida por aquel tipo de vocación. Por tanto, muy joven, concluidos los cuatro años de preparación, se sintió preparado para pronunciar el propio «¡Heme aquí!» como respuesta a la llamada del Señor.

No me resulta que haya tenido dudas alguna vez sobre la elección efectuada. Su personalidad, bien esculpida desde joven, lo inducía, una vez individuado un objetivo y una meta, a perseguirlos sin vacilaciones. Así sucedió en las decisiones relativas ya a su futuro profesional (de médico) ya al vocacional.

La opción tan neta por parte de un joven de sólo 24 años de una vocación nueva y bastante “singular” (sobre todo en la versión masculina) incluso a los ojos de muchos cristianos de la época (...y, *mutatis mutandis*, de hoy) me induce a realizar algunas consideraciones.

Mientras tanto en el lugar de florecimiento: la GIAC del decenio de los años cincuenta, una realidad asociativa numéricamente fuerte, en honor a la verdad, con algunas rigideces que estaban de más en el plano cultural y moral, pero que, sin duda, era capaz de movilizar a muchos a una generosidad de compromiso y a una visión exigente de la vida cristiana.

Allí Emilio encontró el ambiente ideal de incubación del germen vocacional, que después brotó plenamente. Como él, muchos jóvenes provenientes de las ramas masculina y femenina de la A. C., en aquel período, tuvieron la valentía de efectuar elecciones radicales – como es la misma consagración secular - en edad... realmente juvenil. Hoy, - permitidme un breve paréntesis – las cosas han cambiado bastante. El temor de elecciones definitivas, el difundido sentido de incertidumbre, una crecida inseguridad/fragilidad psicológica inducen a retrasar, en todo campo vocacional, por tanto también en el campo de los Institutos Seculares, la propia decisión. No así para la generación de Emilio que, propensa a decidir en edad de juvenil madurez, podía pronunciar el «¡Heme aquí!» personal con una frescura de entusiasmos difícilmente equiparable con casos de elecciones efectuadas en edad avanzada.

Una vez ingresado en el Instituto «Milites Christi», Tresalti se identificó con él en un edificador y totalizador sentido de pertenencia. Aquella era ya su casa y su familia definitiva. El amor por el Instituto no lo expresó con palabras sino, según su estilo esencial y activo, con admirable generosidad en las diaconías que se le pidieron poco a poco, incluso la presidencia del mismo Instituto – 1991-2006, sucediendo a Oberti; Instituto que – anoto – en 1969 se llamó con el título: «Cristo Rey».

2) *Por una secularidad sin equívocos*

Se le pidió, en algunas ocasiones, precisar qué harían (deberían hacer) los Institutos Seculares, y Tresalti a veces respondía de forma seca: «¡Nada!». Naturalmente, se preocupaba después de precisar. Pero la explicación le servía para articular la perentoria afirmación, no para “endulzarla” ni, mucho menos, para desmentirla.

Si se considera bien, su franca afirmación pretendía llamar la atención sobre el núcleo original e indivisible de la consagración secular: la idea de *secularidad*. Debía entenderse, siguiendo cuanto es válido para todo fiel laico, no como un simple dato sociológico, sino como «condición teológica» (Pablo VI) para un camino de *santidad*, que encuentra en las ocupaciones de cada día (familia – para quien la tiene

– trabajo, actividades sociales, culturales, recreativas, sindicales, educativas, políticas, de voluntariado, etc.) los ámbitos específicos de una presencia y de un testimonio evangélico articulados principalmente en dos niveles (sin embargo, interactivos): estilos y comportamientos relacionales de proximidad, humanamente ricos y abiertos al encuentro con el otro/a, sin simulaciones de la propia fe y con la conciencia, a su tiempo y en los modos debidos, de «estar dispuestos a dar razón de vuestra esperanza» (1Pedro 3,15); competencias aptas para “animar cristianamente” las “realidades temporales” en las que se trabaja, con el fin de conformarlas al original designio del Creador (en concreto: el pleno desarrollo del hombre y de la sociedad) (cfr. *Lumen Gentium*, 31).

Para Tresalti, pues, en línea con Giuseppe Lazzati, a los Institutos Seculares correspondía no tanto aventurarse en propias iniciativas y obras de carácter apostólico, socio-caritativo, etc., cuanto más bien cuidar la formación humana, cristiana, vocacional de los propios miembros, para que cada uno pudiera crecer en una conciencia y disponibilidad cada vez mayores, con el fin de trabajar «en el mundo» con la actitud testimonial y la capacidad “animadora” de los ambientes cotidianos de vida, que se han recordado hace poco.

Él, siguiendo el amplio conocimiento de los Institutos Seculares, no se equivocaba cuando denunciaba algunas vacilaciones sobre una correcta interpretación de la secularidad, con el riesgo de acercarse a formas operativas y modalidades comunicativas típicas de la vida religiosa. Un riesgo – podemos decir - persistente, que remite a una cuestión delicada, ya presente en los exordios de los Institutos en examen: la de su pluralismo. Legítimo, dentro de ciertos límites, porque cada Instituto está dotado de “dones” y sensibilidades específicas, pero que desvía cuando se edulcora o se pierde de vista la típica dimensión secular.

En sus innumerables encuentros con los I.S., en Italia y en el extranjero, Tresalti insistía sobre el particular, convencido de que precisamente en torno a la dimensión secular estaba en juego la misma credibilidad de semejante forma vocacional.

Al lado del aspecto, por así decirlo, institucional del problema, estaba también, el de tipo personal. Es decir, relativo al modo concreto de vivir cotidianamente como laico consagrado. A este propósito, el testimonio de Emilio me parece significativo bajo diversos aspectos.

Así, en el plano de las relaciones personales. No era el tipo de “besos y abrazos” (por otra parte, cada uno tiene su personalidad y su estilo). Reservado, amaba relaciones sinceras, “adultas”, confiando en lo verídico de las recíprocas palabras intercambiadas. Entre amigos, sabía también - siempre con medida – abrirse a confidencias sobre experiencias personales, sobre la vida de la Iglesia y de los I.S.

Alimentaba, también, un exquisito sentido de acogida. Le agradaba, por ejemplo, invitar a comer o cenar, a veces para profundizar algunas cuestiones particulares del Instituto de pertenencia, otras veces simplemente para compartir momentos relajados de amistad. Mientras ha podido, se deleitaba también cocinando y lo sabía hacer muy bien.

En el conjunto, el testimonio de Tresalti nos entrega un modo típicamente secular de *estar en el mundo* y de *vivir el mundo*. El amor por la profesión (médico dirigente sanitario, docente), la versatilidad de los intereses (en primera fila los artísticos - musicales), el gusto por ponerse al día cultural y bíblico-teológico (acercándose directamente a textos extranjeros), la *curiosidad* hacia experiencias y mundos “diversos” (civiles y eclesiales) más allá de los confines domésticos, el deseo de estar al paso de los tiempos incluso en el plano tecnológico para poder comunicar mejor con amigos/amigas en Italia y en el extranjero: eran todos signos de una presencia histórica, activa y responsable, condición de una secularidad madura y dinámicamente interpretada.

Emilio huía del exhibicionismo devocionista, difundido incluso en los I. S. Su espiritualidad, profunda, pero reservada, como toda su personalidad, lo contenía incluso de manifestarse en formas exteriores de emocionismo religioso y de militantismo apostólico. Tenía plena conciencia de la urgencia del testimonio evangélico en el mundo pero, sobre todo con referencia al Occidente secularizado, estaba persuadido de que éste debía proponerse en formas respetuosas, dialógicas, partiendo del reconocimiento de los deseos, de las esperanzas y de las heridas que se albergan en el corazón de cada hombre y mujer pensante.

En definitiva, también para él, el “caso serio” en la post-modernidad afectaba plenamente la “cuestión antropológica”. Juzgaba que los Institutos Seculares deberían sentirse particularmente solicitados y activos en este frente. Sin embargo, para ser idóneos a dicha tarea se les pedía apuntar – según su parecer – a una formación a la altura de los propios miembros, favoreciendo en cada uno/a un crecimiento pleno de madurez humana y cristiana. Era (es) el desafío sobre el tapete (en discusión).

3) *Una personalidad fuerte, un liderazgo decidido*

Quien se acercaba a Tresalti se daba cuenta que se relacionaba con una personalidad robusta, enérgica, sin hojarasca. Una personalidad con destacadas dotes de *liderazgo*, que supo ejercer egregiamente tanto en el campo profesional como en el eclesial (con respecto sobre todo a los I.S.).

Por lo que se refiere al primer ámbito, es conocida su experiencia en un campo de grande responsabilidad, como fue el largo servicio cumplido en el Hospital «Agostino Gemelli» de Roma, anejo a la Facultad de Medicina de la Universidad

Católica (el servicio, iniciado en 1969, lo llevó, en poco tiempo, a asumir la función de Vice Director sanitario hasta 1976 y desde 1980 la función de Director sanitario, a lo que se añadieron cargos de enseñanza - Higiene y gestión sanitaria, 1980-1999, Inmunoprofilaxis e Inmunoterapia, 1996-1998, en la citada Facultad de Medicina).

Como Director tuvo que gestionar, entre otras cosas, la compleja organización del acontecimiento clínico de mayor resonancia mundial: la intervención quirúrgica de urgencia y la sucesiva recuperación de Juan Pablo II en el hospital, después del atentado del 18 de mayo de 1981 en la Plaza de San Pedro. Durante largas semanas Tresalti estuvo en el centro de los *medios* de comunicación nacionales e internacionales, debiendo transmitir los cotidianos partes médicos sobre la salud del Pontífice y gestionar las anexas conferencias de prensa. Una situación difícil que se debía tener bajo control incluso en el plano emotivo, teniendo todos los días encima, literalmente, los ojos de los observadores de todo el mundo. Cumplió la tarea con gran profesionalidad y equilibrio, conquistando difundidos aprecio. Una vez que el Papa se restableció completamente tuvo la ocasión de encontrarse con él en audiencia privada juntamente con su mamá. En las paredes del estudio, en la propia casa, tenía, con legítima satisfacción, fotografías de aquel encuentro.

Sin embargo, en 1995, apenas madurados los requisitos para jubilarse, Tresalti – sesenta años – decidió abandonar el cargo, oneroso pero prestigioso, del «Gemelli», no sin suscitar motivos de desconcierto y de pesar sobre todo en el *équipe* de los más estrechos colaboradores y colaboradoras. La razón verdadera y decisiva del alejamiento, sufrido pero decidido, como su estilo, era una sola. Desde hacía cuatro años como Presidente del Instituto Secular «Cristo Rey», el cual, entre otras cosas, estaba registrando un prometedor desarrollo fuera de Italia, él se daba cuenta de las dificultades – a su parecer insuperables – de gestionar conjuntamente, con la debida seriedad y responsabilidad, tanto la dirección del Hospital como la Presidencia del Instituto.

Siempre he reconocido en la elección de Emilio un gesto “heroico”, de valentía cristiana y de amor activo, más allá de las palabras, al mismo Instituto. Abandonar el «Gemelli» significaba desaparecer de la escena del papel de visibilidad, de prestigio y -¿por qué no? – de poder (aunque entendido en su forma buena y *light*).

Durante los quince años de su Presidencia, como miembro del Consejo general y Encargado de la Formación permanente, yo he podido “ver de cerca” a Tresalti en el ejercicio de la función de Presidente. Le interesaba mucho el método de gestión de los encuentros colegiales: clima sereno y tiempos tranquilos, de tal manera que cada uno pudiera tomar la palabra con calma, quizás más de una vez. Cuando la cuestión discutida estaba adecuadamente “instruida” no le faltaba ciertamente la valentía de la clara decisión. También (y sobre todo) en los casos de elecciones onerosas bajo

diversos perfiles (por ejemplo, cuando se trató de proceder a la venta de inmuebles de propiedad del Instituto para invertir lo obtenido en la ya improrrogable restauración del Eremitorio San Salvatore sopra Erba – sede de encuentros espirituales, tan querida por el Profesor Lazzati -, que requería una puesta en regla de toda la estructura). Para decir la verdad, no faltaron algunas circunstancias de incomprensión sobre algunas elecciones que se debían tomar sobre problemas organizativo- gestionales: en aquellos casos, el tiempo y –sobre todo – el espíritu de fraternidad, aunque en la diferencia de opiniones, poco a poco sanaron las dificultades que se habían producido.

Pero, ya antes de asumir la Presidencia del Instituto, la capacidad de *liderazgo* de Emilio tuvo la oportunidad de ejercitarse en otro significativo contexto eclesial: la Conferencia Mundial de Institutos Seculares (CMIS). Fue Secretario general de la misma desde 1972 hasta 1980 y Presidente desde 1996 hasta el 2000. Precisamente en el desarrollo de aquellos cargos se puso en evidencia su fundamental contribución para la organización, primero, y para la gestión, después, de aquel organismo, numéricamente reducido, pero de no poca complejidad, debiendo encontrar en su interior, entre personas de diversas culturas y lenguas, puntos de compartida proyectualidad sobre las tareas que debía absolver: tener relaciones con la Congregación vaticana pertinente, establecer enlaces entre los Institutos adherentes a la Conferencia, ofrecer profundizaciones sobre la específica experiencia vocacional, promover los periódicos Convenios internacionales de estudio y las Asambleas electivas. No cabe duda de que durante el largo período de responsabilidad en la CMIS Tresalti fue destacándose poco a poco como una de las figuras más autorizadas y representativas de los I.S. Entre otras cosas, contribuyó a promover, dentro de la Conferencia Mundial, algunas Conferencias nacionales y continentales, como la Asiática. Naturalmente, muchas veces fue invitado a participar en encuentros y asambleas de I.S., distribuidos por el mundo. La última vez fue en el mes de septiembre de 2018, relator, en Vietnam, en la Conferencia Asiática: viaje que le costó mucha fatiga, ya que las fuerzas iban disminuyendo y desde hacía algún tiempo ya no tenía confianza en afrontar solo caminos tan comprometidos.

Se ha de añadir que su autoridad le fue reconocida incluso a nivel de la Congregación para la Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, en cuyo seno, desde 1991 hasta 2014 ocupó el cargo de Consultor.

4) *El sentido de la mundialidad*

Era una dimensión en las fibras íntimas de Tresalti, refractario a toda forma de provincialismo cultural, eclesial, espiritual. Este rasgo distintivo, con el transcurrir del tiempo, se fue acentuando. En la perspectiva de una interculturalidad vista cada

vez más como riqueza e integración de las singulares culturas y experiencias. Esto, para Emilio, valía tanto en el plano civil como en el religioso, con referencia – naturalmente – a los Institutos Seculares.

Desde joven, la salida del ambiente romano – que también aseguraba una cierta reducción del riesgo provincial, dada la singular universalidad de la Ciudad –se precisó inicialmente en dos direcciones: por una parte, el citado encuentro, a mitad de los años cincuenta, con el Instituto de los «Milites Christi», heredero de la tradición socio-cultural y eclesial ambrosiana; por otra parte, el inicio de la profesión de médico en el establecimiento ANIC (grupo ENI) en Gela, Sicilia, experiencia no carente de dificultades, dado el complejo contexto ambiental, donde el inicio de una realidad industrial de semejante importancia, con la mejora económica de la zona, muy pronto atrajo intereses y apetitos de grupos de mala vida (Tresalti, fue objeto de formas intimidatorias, y a cierto punto aceptó abandonar el cargo, dedicándose a ser Consultor de medicina interna y del trabajo en el Hospital Santa Bárbara de la misma pequeña ciudad).

En ambos casos, para Emilio la adhesión a los «Milites Christi» de Milán y el trabajo en el contexto siciliano significaron dos diversas formas de apertura a otros “mundos” respecto a Roma. Un decenio más tarde, la toma de servicio en el «Gemelli», he aquí la experiencia que ha marcado profundamente la maduración de su sensibilidad internacional, con específica atención a los países en vías de desarrollo. Me refiero al trienio 1977- 1980, que transcurrió como profesor de Epidemiología y medicina preventiva en la Facultad de Medicina de la Somali National University de Mogadiscio (Somalia). Más tarde -1989 – como confirmación del vivo interés hacia los problemas del Tercer Mundo desempeñó también el cargo de Vice Presidente de la Asociación Studi America Latina, con sede en Roma. Se han de recordar finalmente, siempre en orden a su interés internacional, las significativas consultaciones en: el Departamento de la salud, Consejo de Europa, Estrasburgo, 1994-1995; el Dipartimento per la Cooperazione allo sviluppo, Ministero degli Affari Esteri, Roma, 1977-1982.

Roma, Milán, Italia en general, aunque amadas, en cuanto sedes de sus raíces socio-culturales, vocacionales, profesionales, con el pasar del tiempo se convirtieron cada vez en más íntimas. Su mirada, su tensión partían de allí pero iban más lejos. También - y sobre todo – pensando en el futuro de los Institutos Seculares.

La “mundialidad” como estilo y actitud implicaba a nivel personal la asunción de competencias y comportamientos precisos, faltando los cuales, aquella perspectiva, quizás deseada, se hubiera convertido, sin embargo, en veleidad.

Mientras tanto, los conocimientos lingüísticos, instrumento príncipe para la comunicación. Tresalti dominaba perfectamente el inglés, francés y español.

Juntamente con el italiano este equipaje instrumental lo dotaba de la posibilidad de comunicar casi con cualquiera, en cualquier ángulo de la tierra.

Las lenguas, pues: medio comunicativo indispensable, aunque no suficiente. Emilio lo recordaba siempre, insistiendo en el hecho de que era preciso, en primer lugar, una especie de “ecología” de las actitudes personales, para entrar en verdadera sintonía con otras realidades culturales y con sus intérpretes. Lejos, pues, de (presuntas) superioridades de cualquier cultura (comenzando por las occidentales) sobre las restantes. En este sentido – se me permita un inciso – él no era ciertamente tierno en los juicios sobre la gran parte de los modelos católicos de evangelización/misión a lo largo de los siglos, entendidos, salvo pocas excepciones (sobre todas, la del Jesuita Matteo Ricci en China), como sencillo “trasvase”, a otros contextos, de cuanto elaborado en Occidente, bajo el rígido control romano, en los planes doctrinal, moral y litúrgico. El desafío que se debía vencer por muchos motivos, era (es) el de una sabia inculturación del Evangelio en relación con las socio-culturas autóctonas en las que se anuncia.

Contra actitudes mentales e interiores engendradas por una especie de *superiority complex*, típica del Occidente (y de los occidentales en general), para Tresalti el antídoto permanecía el de una auténtica relación empática con personas y tradiciones culturales “diferentes” respecto a la nuestra. Esto implicaba, como *pars destruens*, el abandono de estereotipos y prejuicios en el propio modo de considerar al interlocutor y su mundo de proveniencia, y como *pars construens*, una disponibilidad abierta a la escucha y a la confrontación, tratando de ponerse sin esquemas protectores “en el pellejo del otro” para mirar la realidad, comprendidas la religiosa y vocacional, desde su punto de vista. De aquí, la exigencia de una capacidad de adaptación, en cuanto a mentalidad, costumbres, espacios de vida, alimentación, etc. Bajo dicho perfil, Emilio ha ofrecido un testimonio ejemplar. Donde quiera se encontrase, mostraba saber insertarse y adaptarse sin problemas. También el uso (sobre todo en India) de casacas típicas del lugar respondía a una exigencia de identificación pura con el ambiente que hospedaba.

Estas consideraciones representaban, sin embargo, sólo un prelude del punto que le interesaba grandemente: *la difusión de los Institutos Seculares*. Él estaba profundamente convencido del valor universal de la consagración secular, masculina y femenina, confirmada, por lo demás, con el florecer de vocaciones en todas las latitudes, aunque numéricamente contenidas. Su preocupación (válida en primer lugar para el Instituto de pertenencia) era la de cultivarlas en el respeto de las mencionadas advertencias metodológicas generales sobre las relaciones entre las diversas culturas, con las relativas implicaciones sobre la inculturación de un carisma vocacional como el que está en examen.

Esto significaba, por ejemplo, que un Instituto Secular, nacido en Italia y con desarrollos en países de África o de Asia, debía ciertamente pedir a los miembros de aquellos contextos fidelidad al núcleo constitutivo de la vocación (consagración/secularidad), pero interpretado y vivido según formas, posibilidades y acentos propios de sus condiciones socio-culturales y sensibilidades espirituales.

Tresalti ha sido, sin la menor duda, protagonista destacado del movimiento de los Institutos Seculares en el mundo. Siempre ha defendido la peculiaridad del carisma, mostrando viva preocupación cuando notaba, en cualquier lugar, señales que podían alterar su especificidad, sobre todo por parte de quien, pensando quizás en que hacía un servicio mejor a la Iglesia, impulsaba hacia una flexión en el sentido de mayor disponibilidad hacia formas directas de evangelización o de aplicación a ministerios intra-eclesiales. No: él estaba persuadido de que el modo que se pedía a éstos para contribuir a la causa del Evangelio era, precisamente, el de estar como laicos consagrados en el mundo, para concurrir, sostenidos por la fe, esperanza y caridad, a la edificación de la «ciudad del hombre a medida del hombre» como amaba decir su Maestro de vida, el venerable Giuseppe Lazzati. Ciertamente con todo lo que implicaba todo esto (e implica) en términos de competencia, pasión, espiritualidad, formación, participación y «*sensus ecclesiae*».

Del testimonio cristiano discreto, abierto, meditado, además del servicio generoso e infatigable en sostén de los Institutos Seculares, debemos estar sobremanera agradecidos a Emilio Tresalti.